

nes. Pablo y Alfonso, en un carruaje con las niñas.

—¡Magnífico día! ¡Espléndida tarde! Al regresar de la hacienda, á la luz deslumbrante del sol poniente, pudieron gozar de un soberbio celaje rojizo, que parecía envolver en llamas las nieves del volcán.

—Margot:—decía Alfonso al oído de su graciosa prima—no cambio este día por el mejor de cuantos he pasado en Europa. Tu afecto y tus palabras son para mi corazón como vientecillo primaveral embalsamado con aroma de lilas.

Y Margarita no respondía, y bajaba los ojos, y se entretenía en ordenar las flores que traía en el regazo.



## XVI

A las nueve de la mañana doña Dolores, con todos sus hijos, estaba ya en el Hotel.

Quedaban listos los equipajes. Los franceses recogían bultos apresuradamente, pedían órdenes, y se disponían para ir á la estación.

Don Juan almorzaba con tranquilidad olímpica; doña Carmen le acompañaba; María, con sus primas, daba el último toque á su traje; y los cuatro mozos charlaban á la puerta del establecimiento.

—Procuraré—decía Juanito á Pablo,—procuraré que vayas pronto; ya verás que buenos días nos pasamos. Sin duda que tu vida no será allá tan fastidiosa como aquí. Méjico no es París; pero ya cuidaré yo de que sea alegre para mí. Ustedes necesitan salir de la provincia. Tienen todos los jóve-



nes de provincia—y lo mismo pasa en Francia,—cierto aire de timidez que me da risa. Parecen palomos asustados. No, no, ni un día más. Te espero. Cuando llegues, porque tu mamá y las muchachas se irán después, te irás á vivir con nosotros. Quedaremos independientes. En el primer piso tendremos Alfonso y yo nuestras habitaciones, y camparemos por nuestra cuenta. A mí no me gusta la sujeción y la tiranía de la familia.... ¡Por fortuna papá no ha gustado nunca de tenernos sujetos! Te espero: yo me daré trazas para que antes de un mes, estés allá! ¿Tienes aquí novia? ¿No? ¡Mejor que mejor! Si la tienes y me engañas, rompe esas relaciones. No te vuelvas como Alfonso. ¡El ideal! ¡El casto! (Don Alfonso el Casto le llamo yo)... Que por cierto desengaño que tuvo en Niza, hace un año, todavía no levanta cabeza. Sí, corta esas relaciones, con cualquier pretexto.... ¡Ya verás! ¡Ya sé yo cómo voy á combatir en mí la nostalgia de Lutecia!

Alfonso prometió á Ramón libros nuevos. Traía muchos, de lo mejor; todo lo publicado en el último invierno: la última novela de Zola; los últimos cuentos de Catulo Mendes. Traía también libros serios.

—No nací,—agregaba—no nací para hacer carrera.... pero me gusta leer, me gusta saber de todo....

Llegó la hora de la partida. Un tranvía especial aguardaba frente al Hotel; un ca-

rro elegante, tirado por dos lindos poneys, —todo ello cortés obsequio del dueño de la vía urbana, antiguo amigo de don Juan. El Canónigo y don Cosme no llegaban aún. Ramoncillo fué por ellos. No tardaron en venir, y pronto estuvieron en la estación.

Heryía en el andén la multitud. Llegó el tren, unieron á éste elegantísimo coche, y los criados, con ayuda de unos mozos de cordel, metieron en un furgón todo el equipaje de la familia: setenta bultos.

A despedir á la familia vinieron muchas personas.

—¡Cuántos de estos que ahora vienen á decirme adiós—pensaba don Juan—no se dignaban saludarme cuando por primera vez me ausenté de esta tierra en busca de más amplios horizontes, en busca de fortuna, y en busca de dinero! Y ahora...

Pero se mostraba cortés con todos; para todos tenía una palabra afectuosa, un recuerdo que llevaran á los suyos, una promesa, un ofrecimiento espontáneo.

En el fondo del vagón charlaban los muchachos. Juanito parloteaba de lo lindo al lado de Elena; Alfonso conversaba dulcemente y en voz baja con Margarita, y Pablo y su hermano departían con María, á quien, lo mismo que á doña Carmen, habían ofrecido frescos ramilletes de gardenias.

Los ociosos que pululaban en el andén,



miraban con impertinente tenaz curiosidad á los Collantes. Algunos amigos de Pablo y de Ramón los saludaban con maliciosa sonrisa, y algunos pollos ponían mirada interesante en la linda personita de María.

Sonó el toque de prevención. La señora y las señoritas bajaron del vagón, despidiéronse, y por el ventanillo se cambiaron las últimas frases, los últimos encargos.

Partió el tren. El Dr. Fernández abrió el breviario y se puso á rezar. Don Juan, quitándose el sombrero, saludó y dijo á gritos:

—¡Adiós, Lola! Antes de un mes tendrás puesta tu casa....

Juan, Alfonso y María saludaban á sus primas. Contestaban todos, y el tren se iba alejando.

Margot estaba triste y pensativa. Elena enjugaba sus ojos.

Al salir de la estación y al subir al tranvía, cuantos pasaron saludaron cariñosamente á doña Dolores y á sus hijos.

—¿Quién es ese señor?—preguntó un transeunte.

—¡Don Juan Collantes!—respondióle uno que pasaba.—¿No le conoce vd? ¡Es de aquí! ¡Es un millonario! Viene ahora de París.... Es tío de los muchachos esos, de la rubia esa, y de la ciega! Ya todos estos salieron de apuros. ¡Y cómo se les han subido los millones.... del tío!



## XVII

Fácilmente, y como era de esperarse, dados aquel medio tan propicio y el carácter de los buenos y pacíficos habitantes de Pluviosilla, donde á falta de cosas importantes la más insignificante y baladí suele tomar aspectos y proporciones colosales, con la rapidez del relámpago corrió la inesperada noticia de que la familia Collantes levantaba tiendas para ir á radicarse en la capital de la República.

Desde las verdes faldas de la colina del Recental hasta el barrio de Santa Mónica, y desde el Molino de la Esperanza hasta la ermita de San Antón, no se hablaba de otro asunto. En boticas y mentideros,—que los hay á docenas y muy concurridos por gentes piadosas y discretísimas,—se trataba



del susodicho viaje y se le comentaba de mil modos diversos. Era para muchos motivo de burlas y de sátiras, para otros de graves y profundas meditaciones, y para todos cosquilleo de envidia y de celo, uno y otro velados, no podía menos de ser así, con dulzuras de compasión y de alegría devota, muy en caja con el buen carácter de los comentadores.

Se recordó el pasado de los Collantes; se trajeron á cuento los esplendores y el auge de aquella familia, la cual, en años remotísimos, fué la primera y la más conspicua entre muchas á cual más distinguida y amantada de la húmeda ciudad. Contaron los viejos, y de labios de éstos lo repitieron personas de mediana edad, y siguieron diciéndolo mozos, pollas y niños, cómo la familia esclarecida de los Collantes vino á menos, muy á menos, allá por los años de 45 y 46; cómo don Pablo, padre de don Ramón y de don Juan, consiguió alzar un tantico su fortuna durante la invasión norteamericana, gracias, según fundadísimas sospechas, á no sé qué negocios con el yanqui, después del bombardeo de Veracruz y de la batalla de Cerro Gordo. Dijeron también, muy atrevidos y faltos de piedad, de los amores de Angustias Collantes, la hermana mayor de don Juan, gallarda como una reina y linda como un sol de oro, con cierto Jefe del Cuerpo Expedicionario

Francés, en los primeros meses del 62, amores que fueron para la familia causa de discordia y desunión.

De aquí provino, repetían, la enemistad implacable que separó á los dos hermanos, don Juan y don Ramón, y no meramente de negocios y operaciones de las manos muertas, como todos creían; de ahí tan graves disgustos; de ahí que en caso afflictivo, y vaya si lo fué el verse al borde de la ruina, que don Ramón no hubiese podido apelar á su hermano, en demanda de salvación; de ahí la gran fortuna de don Juan por el apoyo que le prestó su cuñado, quien le puso en relaciones con el Mariscal Bazaine, y en vía de hacer, como los hizo, soberbios negocios con el Tesoro Francés.

Casóse Angustias, fuese á Francia con su marido, y á principios del 67, á la caída del Imperio, fuese también á Francia nuestro don Juan Collantes; de allí volvió en 70 con toda su familia, redondeó sus negocios, y regresó á París, donde siguió acrecentando su fortuna, la cual había subido extraordinariamente en los últimos años. El tenía en Francia la mayor parte de su capital, y lo tenía muy bien colocado y productivo, de manera que al bajar la plata y al subir el cambio, duplicó sus riquezas. "Ahora,—decía, asimismo, en la sala de juego del Círculo Mercantil, y en algún otro mentidero, entre una mano de "poker" y una



comonina celebrada,—ahora, decía algún hombre de negocios, viejo amigo de don Juan, á quien había comprado una posesión cafetera, allá por Omealca, ahora viene á fincar todo el dinero que se tiene achocado. . . . y ¡ahora es tiempo de que veamos cómo parte de esas sumas, que no son grano de anís, se utilizan aquí en Pluviosilla, en alguna obra pública; en la construcción de una Casa de Rastro ó en la introducción del agua potable. . . .! En fin, es preciso que Juan,—así nombraba al capitalista, para que todos supieran la confianza que uno y otro se tenían—es preciso que Juan haga algo en bien de Pluviosilla! ¡Ya le hablé del asunto! ¡Ya la hablé de eso! ¡Yo no me duermo en casos de estos! Y Juan (que está admirado de los adelantos y de la riqueza de Pluviosilla, y muy interesado en su prosperidad) me dijo ya que se propone estudiar el punto; que el negocio le parece bueno y de fácil término; que traerá ingenieros franceses para que hagan planos mediciones y cálculos.” . . .

Pero los tertulianos, y el mismo que tales cosas contaba, inclinados sobre el verde tapete—dejaban á un lado tan risueños proyectos de bienestar. . . público, y se dejaban arrastrar por los azares de la baraja.

En todas partes contaban las gentes que Collantes volvería pronto á su tierra natal, á emplear sus dineros en bien de ella;

pero que, hecho el contrato del Rastro y de la introducción y entubación del agua, el capitalista se volvería á París. Era razón que así lo hiciera: su cuñado, el General Surville, sería, más tarde ó más temprano, Ministro de la Guerra, y entonces qué mejor oportunidad para mayores y productivos negocios.

En los círculos femeniles el chisme iba por otros senderos. Contábanse en ellos mil y mil anécdotas; se encomiaban el desprendimiento y las excelencias de Collantes; eran puestas muy en alto su caridad y su amor á la familia de su hermano, y se envidiaba á Margarita y á la infeliz Elena.

—¡Oye tú!—charlaba una pollita, nerviosa, fea, delgada como un mango de escoba y vivaracha como una lagartija, y muy relamida, y muy sueña de palabra.—Mira tú; ¡quién podrá sufrir á las Collantes cuando vuelvan de Méjico. Si pobres como han estado, se dan ese toño, y tienen más orgullo que don Rodrigo en la horca, qué será cuando puedan vestir mejor; cuando en vez de hacer vestidos y sombreros para tí, para mí, y para todas las muchachas de Pluviosilla, los lleven ellas flamantes y á la última? Ellas, hija mía, ¡eso sí! tienen muy buen gusto, y siempre lo han tenido. Dice mi mamá que antes, cuando no estaban pobres, ellas eran quienes llevaban la moda en Pluviosilla, y que de ellas aprendían todas las



muchachas. . . . Eso dice mamá, y yo confieso que tienen muy buen gusto no sólo para lo que ellas se ponen, sino también para lo que hacen. . . . Pero, (no sé qué pensarás tú, no se lo que dirás, ni si crees lo mismo); pero ¿no es cierto que pecan de sencillas? ¡Si á veces rayan en desairadas! No cabe duda que en la sencillez está la elegancia, pero hija, no tanto, no tanto! ¿Te acuerdas del último baile del Círculo Mercantil? ¿Te acuerdas del vestido aquel que llevó esa noche Carolina Andrade? ¿Te acuerdas bien? Era blanco, casi liso, sin adornos vistosos, con unos ramos de "no me olvides," y nada más! Bien; pues todos, todos, lo mismo las mujeres que los hombres, todos alababan el vestido. Pues á mí, (acaso porque tengo mal gusto) no me agradó; me pareció sin gracia, escueto, desairado. Pues figúrate, Elisa, figúrate! Si ahora las Collantes son tan orgullosas, cómo estarán al volver de Méjico, protegidas por el tío? Yo, á decirte verdad, me alegro de la tal protección, porque no soy envidiosa. ¡Dios me libre de ser envidiosa, Dios me libre! y no me apena ni me causa tristeza el bien ajeno. ¡Pobres muchachas! De modistas á millonarias! Porque si es cierto que los millones no son suyos, cualquiera creerá que sí lo son, y como el tío es generoso, muy generoso, les dará todo lo que necesitan, y se los dará con abundancia. Con sólo

el apellido les bastará para entrar en la mejor sociedad. Margarita hará buen papel porque no es fea, y aunque un poquito cursi, es elegante, tiene cierto atractivo, sabe lucir su cuerpo "esbelto" y "cimbrador," (como dijo Arturo Sánchez en aquellos versos que salieron en "El Radical,") y, yo te lo aseguro, Elisa, te lo aseguro, Margarita hará buen papel. . . .

—¡Y se casará!—exclamó la joven que pacientemente había escuchado la irrestañable charla de su amiga.

—¡Puede! Y yo creo que eso es lo que quiere doña Dolores, y por eso levanta el campo; porque aquí, con lo que tiene y con lo que le dará su cuñado, podía vivir mejor. . . . Dice doña Lola (yo se lo he oído decir) que en Pluviosilla no hay con quien casar á las muchachas; que aquí no hay jóvenes de provecho; que aquí. . . . ¡Puede que tenga razón! Pero no debía decirlo ella; ella, que si no es de aquí, (porque es de Villaverde) que si no es de aquí, como si lo fuera! Aquí se casó, y aquí han nacido todos sus hijos. Lo que quiere es ver si por allá se casa Margarita con algún ricacho. Si se puede con alguno de los primos. Mira, Elisa: ya sabes que yo soy muy maliciosa muy maliciosa, y ¡Dios me lo perdone! se me ha metido en la cabeza que Margarita, y. . . . uno. . . . de sus primos. . . . se entienden!



—¡Por Dios, Lucía! ¿De dónde has sacado eso?

—¿Sacado? ¿Sacado? ¡Alma de Dios! ¡Alma de Dios! ¡Pues qué no tengo ojos! Ayer estábamos en la Estación... Fuimos á recibir á Pepilla Sánchez, la hermana de Arturo, y allí me encontré con las Castro Pérez... Estábamos allí, cuando llegó toda la familia Collantes, que iba á despedir á sus parientes. La ciega iba muy del brazo de uno de sus primos!...

—¡Es natural, Lucía! La pobrecilla no ve... y entre tantas gentes, en medio de aquel ir y venir, la pobre Elena no podía ir sola...

—¡Bueno! ¡Conforme! Y Margarita... iba también con su correspondiente primo!... ¡Los primos, hija, los primos! ¡Los primos! Por cierto que son guapos... Un poquito enclenques... paliduchos y... flácidos...

—¿Dónde aprendiste esa palabrita?

—¡Ah! ¡No me acuerdo! En alguna novela, en algún periódico, donde tú quieras... ¡Tú me entiendes!

—Te la enseñaría Arturito Sánchez.....

—¡Déjate en paz á Arturo! No pierdes ocasión de burlarte de él... Y no tienes razón para ello... ¿No te simpatiza? ¡Conformes! Pero confiesa que es un muchacho de mucho talento! Pues, como iba diciéndote: son guapos, muy guapos, pero flácidos.

Unos parisienses pintiparados. ¡Ninguno de ellos podría llevar con éxito el traje de charro, el gallardo traje nacional! ¡Ninguno! ¡Y tú me entiendes!

Elisa sonreía, y, al parecer distraída, jugaba con el abanico de su amiga, un abaniquito japonés, en cuyo paisaje, tras una guía de crisantemos, sobre un fondo limitado por un volcán borroso, descendía una bandada de grullas.

—Pues, como iba yo diciéndote: Margarita iba con su primo, el más joven, como de veinte años... ¡Y qué palique! ¡Amor naciente! ¡Escena primera: el teatro representa una estación del Ferrocarril Mejicano! ¡Já... ¡jajá!

—¡Por Dios, Lucía!

—Y supongo que mi señora doña Dolores, viuda de Collantes, mi madrina, sí, mi madrina de bautismo, querrá también ver si coloca á la ciega, que la ceguera, como la pena, con pan es buena!!!

—¡Lucía! ¡Lucía! ¡Qué buena discípula han sacado en tí las Castro Pérez!

—¡Déjame! ¿Dices que soy suelta de lengua? ¡Pues, déjame! ¡Yo soy así!... ¡Es mi modo, mi manera! Yo no pude oír nada de lo que iban conversando Margarita y el primito; pero... ¡me lo imagino! Los muchachos son guapos, elegantes, distinguidos... Una ropa... ¡por supuesto! ¡Cómo hecha en París! ¿Y la hermanita?...



Ni fea ni hermosa. Pero, eso sí... un figurín! ¡Qué corte y qué tela la de aquel vestido! ¡Qué sombrero! ¡Qué guantes! ¡Guantes de Suecia!

En otras partes, entre las señoras mayores, se comentaba el caso por modo más serio.

Envidiaban á la viuda de Collantes, mas no se manifestaba la envidia de manera franca. "Doña Dolores debía considerarse feliz: ¿qué más deseaba? Tenía asegurado el porvenir: casaría á Margarita; Pablo haría fortuna; Ramoncillo lo mismo; Elena... La pobre ciega viviría tranquila...."

Después se comentaba el término plausible de aquella división de los Collantes, tan añeja y enojosa; división sabida por todos los moradores de la tórrida ciudad. Se hablaba, como era obligatorio, de los amores de Angustias Collantes con el oficial francés, un hombre hermoso, de noble apostura militar, y salían de boca de las damas mayores, recuerdos de felices años, memorias de la Intervención y del Imperio; y no faltaron brillantes descripciones de fiestas, giras y saraos ofrecidos á las señoras de Pluviosilla por la oficialidad extranjera. Fiestas, giras y saraos elegantes y deslumbradores... ¡De los que ya no se ven en estos tiempos democráticos! ¡Y aquel baile magnífico, sin precedente ni semejante, con que las damas de Pluviosilla obsequiaron á la Emperatriz

Carlota! ¿Y aquel otro con que el Monarca obsequió á la buena sociedad de Pluviosilla? En ambos bailes hizo alarde de su belleza Angustias Collantes. ¡Qué lujo desplegó en ellos! ¡Tal de bella y de elegante estaría, que la Emperatriz, al terminar la cuadrilla de honor, tuvo para la joven frases de elogio y de sincera admiración!

En otros círculos, entre los monopolizadores de la propiedad urbana; entre los ricos que no gustan de pagar impuestos, por mucho que éstos sean para ellos motivo plausible de medros y lucros, y como si los gastos públicos hubieran de ser hechos por arte de biribirloque; entre los jiferos enriquecidos, y entre los comerciantes dados al fraude, la llegada del millonario y los proyectos que se le atribuían, habían puesto inquietud y alarma. Si era cierto, como parecía serlo, al decir de los íntimos amigos y de los parientes de Collantes, éste quería emplear en Pluviosilla fuertes caudales, y contratar la obra de la Casa de Rastro, (que algunos novedosos decían ser muy necesaria por motivo de higiene y de salubridad públicas, y para aumento del erario municipal, burado diariamente,) si Collantes, haciendo uso y poniendo en juego recomendaciones de "arriba," contratara también la introducción y entubación del agua potable, sin duda alguna que el H. Ayuntamiento, para emprender tales obras, y cum-



plir los compromisos que con el millonario contrajera, tendría que subir el impuesto sobre la propiedad urbana; y la organización del Matadero, y con ella la sujeción de los jiferos á un reglamento estricto, el cual, hecho bajo la influencia del natural entusiasmo que despertaría tan importante mejora, sería severísimo, las ganancias de algunos en lo futuro irían á menos. Y si, como era de esperarse y de temerse, las cosas no paraban allí, y al opulento é inoportuno Collantes se le ocurría avenar la Ciudad, obra que costaría algunos cientos de miles de duros, tal vez más de un millón, y si se hacía el tal avenamiento, los impuestos serían aumentados todavía más, ¿qué sería entonces de Pluviosilla, la rica, la próspera, la Manchester de Méjico?

Y tales temores, tales inquietudes, y tal y tan repentina alarma se traducían en rudo encono contra don Juan Collantes (quien pensaba en todo, menos en mataderos, aguas potables, entubaciones y avenamientos,) y de él se contaban tamaños horrores; que era un aventurero, un arbitrista cínico, que intentaba arruinar á sus paisanos y á quien querían explotar los que se decían sus "amigos íntimos y hasta parientes suyos," parientes lejanos, sí, pero "parientes." Estos, como el millonario era listo, y no se dejaría sacar los duros, por lo menos medrarían á la sombra de él, y ya procurarían,—

contra su egoísmo genial—ir al Concejo el año venidero para hacer el chanchullo. Decían pestes de Collantes. A uno se le ocurrió que el millonario debía su fortuna á una casa de juego, que era en París centro de afamados tahures y de griegos muy conocidos. Uno lo dijo y treinta mil personas lo repitieron, y... lo creyeron! Y la cosa no paró allí, ni era posible que allí parase: "El Radical" anduvo de lo más discreto. Temeroso de que más tarde se le escapara alguna subvención, no dijo palabra del negocio. "El Contemporizador," órgano de las clases populares, se limitó á consignar en su gacetilla, "que se hablaba en la Ciudad de ciertos proyectos que reclamaban mucha atención del Cabildo." Pero "El Siglo de León XIII," periodiquito muy salado y valiente, muy erudito y devoto, en su "Florilegio semanal," hizo algunas insinuaciones maliciosas, por sugestión y consejo de algunos propietarios asustadizos:

"Las obras esas proyectadas—decía al pie de una coplilla de Iriarte,—merecen maduro acuerdo del Honorable. Aunque no tan urgentes, como dicen por ahí algunas personas más entusiastas que reflexivas, y más impresionables y amigas de novedades que amantes del terruño, y acaso deseosas de favorecer sus propios particulares intereses más que la conveniencia pública, se imponen, no debemos negarlo. Lo que sí ne-



gamos, á fuer de imparciales periodistas, cuyo lema es "no transigir jamás con el error" es la urgencia que algunos individuos les atribuyen, á título de que las consideran como exigidas categóricamente por la higiene y la salubridad públicas. Perdónenos el atildado escritor peninsular que recientemente, y en un diario de la capital de la República, ha tratado de este asunto en elegante y castiza carta: no opinamos como él. ¿Lo que en tantos años no se ha echado de menos en Pluviosilla ni ha sido causa de epidemias, por qué se ha de hacer ahora sin reflexión y sin reposo? Esperemos, y que el H. Ayuntamiento, que cuenta en su seno hacendistas, banqueros, juriscultores, doctores en Medicina é ingenieros, no se precipite y se eche encima deudas que le obligarán á aumentar su presupuesto de ingresos, con gravamen, muy oneroso para propietarios y comerciantes. No son tan urgentes las obras en cuestión. Tiempo hay de emprenderlas con dinero del erario municipal, el cual no tiene ahora fondos de reserva, pero los tendrá más tarde, los tendrá mañana, cuando Pluviosilla, la Manchester de Méjico,—como acertó á llamarla un meritisimo vecino suyo, probo industrial de grata memoria,—mire desarrollados todos los elementos de riqueza con que la favoreció pródigamente el Cielo; cuando, pasada esta época de transición, aproveche Pluviosi-

lla, como ha debido y debe aprovecharlas, su opulencia fluvial y las innumerables caídas de sus ríos, tentadoras, y como un imán, para la industria fabril. Nuestro lema es: "no transigir jamás con el error." ¡¡¡Alerta, Honorables Ediles!!! ¡No os dejéis sorprender!"

El escritor peninsular no contestó, y como el señor Collantes no se ocupaba en tales proyectos, el odio despertado por tales diceres fué á chocar contra doña Dolores y sus hijos.

¡Cómo los traían en lenguas! ¡Cómo su noble conducta y su limpia fama anduvieron en labios de aquellos gratuitos malquerientes, á quienes, como al bueno de don Alonso de Quijada, se les hacían gigantes los molinos de viento!





... como ha debido y debe aprovecharse  
 en oposición a la... las siguientes ca-  
 las de sus... como un mal...  
 para la... Zueño tenía...  
 no transigir... con el error...  
 al Honorable... No se debe  
 proceder.

El escritor peninsular no contestó a...  
 no el señor... no se ocupaba en...  
 las proyecciones el obispo despatado por tales  
 dotes fue... contra doña Dolores  
 y sus hijos.

Como los tratan en ventura! ¿Cómo se  
 noble conducta... su linaje...  
 en... de...  
 en... como el...  
 en... se los hacen...  
 en... de...



## XVIII

Al otro día de la partida de don Juan,  
 cuando ni doña Dolores ni sus hijas se da-  
 ban aún cuenta de todo lo pasado y de lo  
 que se había resuelto; cuando la buena se-  
 ñora principiaba apenas á buscar en la cal-  
 ana y en el reposo del hogar, sosiego para  
 su corazón y tranquilidad para su espíritu;  
 cuando poseída de profunda pena y presa  
 de hondísima zozobra, pensaba con tristeza  
 y hasta temerosa, en su salida de Pluviosi-  
 lla, la buena ciudad donde habían pasado  
 varios años de su niñez y casi toda su ju-  
 ventud; donde había conocido á don Ra-  
 món, á quien había amado con toda el al-  
 ma, con ese amor que llena toda una exis-  
 tencia y que no deja en el corazón lugar  
 para otro afecto semejante; donde se había  
 casado; donde habían nacido todos sus hi-  
 jos; donde había sentido el mayor de los



dolores al perder á su primogénito; donde había vivido largos y felices años, rodeada de cuanto una noble mediocridad pudo proporcionarle, de todos estimada y querida, objeto de sólido respeto y de merecidas consideraciones; cuando la excelente viuda consideraba que, pronto, dentro de unas ocho ó diez semanas, que pasarían tan rápidamente como unas cuantas horas, tendría que salir de aquella casita donde había padecido y donde tanto había llorado. visitas y más visitas fueron á aumentar su dolor.

Fueron las primeras en ir á verla, unas amigas de la juventud, en todo tiempo fieles y cariñosas, siempre afectuosas con ella, lo mismo en épocas de felicidad y de abundancia que en aquellos últimos años de pobreza y de amargura; dos amigas, unas buenas señoras, ambas solteras, y pobres desde que doña Dolores las conoció, que fueron para la familia de don Ramón Collantes, durante la enfermedad de éste, y en los días en que Ramoncito se vió al borde del sepulcro, como dos ángeles de incomparable caridad. Si buenas fueron siempre con Dolores en días prósperos y alegres, en los días aciagos y de aflicción dieron muchas y supremas muestras de la alteza de su alma y de la bondad de su corazón. Instaladas en la casa, tomaron desde el primer momento la dirección de ella, para dejar á do-

ña Dolores y á sus hijas cerca del enfermo. Y no se limitaban á esto: lo mismo se entendían con Filomena, con la desinteresada Filomena, prodigio de abnegación, de fidelidad y de cariño, y lo mismo atendían la obra de la Casa de Rastro, (que algunos á las pocas personas que acudían á condolerse de los infortunios de aquella casa, que cuidaban al enfermo, le consolaban, le daban ánimo y aliento, ó se pasaban las noches velándole el sueño y atentas á su llamado ó á sus quejas.

Las buenas señoras Pradilla, que así se llamaban, fueron las primeras en llegar.

—¿Qué dicen ustedes?—díjoles doña Dolores—Nos vamos.

—Nosotras—respondió la mayor, de nombre Asunción—vamos á sentir á ustedes mucho! Ayer se lo dije á Teresa: ¡cómo vamos á echar de menos á Lolita, y á las niñas! Pero comprendemos que así vendrá; que, sin duda Dios lo tiene dispuesto así!

—Yo lo agradezco mucho. ¡Mucho les agradezco todo! Pero, díganme: ¿creen ustedes que hice bien en aceptar las propuestas de mi cuñado?

—Mucho nos ha sorprendido la noticia... —replicó Teresa—porque, como vd. sabe, estábamos en antecedentes...

—Oigan ustedes... ¡No sé por qué me causa miedo el viaje que voy á hacer! Pero



ustedes no saben lo que ha pasado y lo que se arregló con Juan. . . . Oiganlo ustedes.

Doña Dolores, con noble franqueza, con la mayor sinceridad, comunicó á sus amigas todo, y terminó manifestando sus temores para lo porvenir.

—Me da miedo, mucho miedo, ir á vivir á esa ciudad, en la cual no he estado más que de paseo. . . . y con mi pobre Ramón!

La infeliz señora, llenos de lágrimas los ojos, casi sollozante, se detuvo, secó su llanto, y prosiguió:

—Sí, Teresa: tengo miedo. . . . Me parece que allí me esperan grandes desgracias. . . . Cada vez que pienso en quitar casa, me da un vuelco el corazón. . . . El bullicio de Méjico va á tener para mí ruidos y estruendo de tempestad. . . . Además, aunque estarán allí mis hijos, voy á sentirme como en un desierto. Me imagino que he de verme obligada á ir frecuentemente á casa de Juan, á sus comidas, á sus fiestas. . . . Figúrense ustedes. . . . ¡fiestas, banquetes! ¡Todo eso ya pasó para mí! Pero ¡qué he de hacer! Estas pobres niñas no se han de pasar la vida entre las cuatro paredes de su casa, convertidas en capuchinas! Además. . . .

La dama iba á manifestar otros temores que allá, en lo más profundo de su corazón, solían removerse; pero su discreción la detuvo. Iba á decir que. . . acaso el afecto de

su cuñado no sería durable; que se le acusaba de tornadizo; que, tal vez, le había prometido demasiado. Alejó de sí tales ideas y tamaños recelos, y agregó:

—Ya se lo dije al señor Fernández, (el Sr. Fernández es, aunque él diga lo contrario, el que ha arreglado todo esto) que no me gusta, ni me ha gustado nunca vivir en grandes ciudades. Pero me hizo tales y tan juiciosas observaciones; me dió tan buenos consejos, y me hizo ver que esta ida á Méjico aseguraba el porvenir de mis hijos! Ustedes lo saben mejor que yo: en Pluviosilla, con toda su grandeza fabril, con toda su prosperidad siempre creciente, no tiene porvenir la juventud, antes al contrario, con qué facilidad se pierden los jóvenes! Hay mucha libertad de costumbres; el vicio cunde como mala hierba. . . . Pablo se pasaría años y años sin que le aumentaran el sueldo; Ramón acabaría la carrera. . . . y se quedaría, aunque saliera un buen abogado, también años de años sin gran clientela. . . . ¡Cuántos hijos de Pluviosilla, y muy listos y muy honrados y muy inteligentes, han tenido que ir á buscarse la vida á tierras distantes! En cuanto á las niñas. . . . La pobre Elena no se casará; pero mi Margarita, mi buena Margarita. . . . ¡yo no quiero ni deseo verla casada! Pero, si se ha de casar, que haga una buena elección. . . . Aquí, ¡triste es decirlo! no hay mucho donde una



joven como Margot pueda elegir! Pues bien, con esto y todo... yo preferiría no salir de aquí... Que los muchachos se fueran... Pero mi deber es estar con ellas. Pablo es un buen muchacho, trabajador, sin vicios; Ramoncito es aplicado, estudioso, bueno; jamás me exige nada; con todo queda conforme; ¡siempre está contento! Los dos, ¡el Señor los bendiga! son muy buenos hijos. Yo debo estar siempre cerca de ellos. Una ciudad como Méjico ofrece mil encantos, tiene mil peligros, y pone muchas tentaciones á la juventud!

Las buenas amigas concedieron toda la razón á doña Dolores. También temían la volubilidad de don Juan, y también recelaban de su carácter tornadizo, pero no se atrevieron á manifestar sus temores y sus recelos, en vista de que la pobre y affigida señora se hacía lenguas de su cuñado, y no cesaba de alabar á doña Carmen y de poner por las nubes á sus sobrinos.

Teresa y Asunción, al despedirse, ofrecieron volver, y aunque tenían en su casa no pocos quehaceres (las pobres vivían de coser) prometieron venir á ayudar á su amiga en la ruda faena de hacer bultos y embalar cosas.

No todas las visitas trajeron el mismo interés que aquellas buenas mujeres, ni acudieron á ofrecer desinteresadamente sus servicios. ¡Cuántas y cuántas gentes sólo fue-

ron á tomar noticias, á comentar chismes, y á adular á la familia Collantes, á la cual creían ya en el pináculo de la dicha! Qué de personas que al ver arruinado á don Ramón le volvieron la espalda, y que después, á la muerte de éste, no tuvieron para su viuda y para sus hijas ni una buena palabra consoladora; fueron esta vez á la casa, llenas de curiosidad y de envidia, ansiosas de saberlo todo, para salir á contarlo, y prometiéndose explotar alguna vez, tarde ó temprano, á quienes, como salidos de una tumba de miseria parecían surgir redivivos al esplendoroso ambiente de la riqueza. Concha Mijares fué una de ellas. ¡Qué cariñosa con su madrina! ¡Qué jovial y dulce con Elena y Margarita! Al despedirse esa tarde, dijo, entre mimos y zalamerías:

—¡Madrina! ¡Madrinita! Estamos en junio... Ahora verá vd. ¿Cuándo se van ustedes?

—No sabemos, hija. Acaso dentro de un mes....

La polla, precipitadamente, se acabó de calzar el guante de la mano derecha, y, sin abrochársele contó uno por uno los meses, diciendo:

—Ustedes estarán allá á principios de Julio... Pues bien: junio, julio, agosto, septiembre... ¡En septiembre me tendrán ustedes allá! en septiembre principiará la Opera.... Iré á las fiestas patrióti-



cas.... El once ó el doce estaré allá. Y....  
 ¡desde hoy se los digo! Me iré á vivir con  
 ustedes. Me ponen una cama en la alcoba  
 de las niñas, y.... ¡tan contenta! Subire-  
 mos, bajaremos, me llevarán á la Ópera....  
 á oír á Tamagno. ¡Dicen que es divino!  
 ¡Divino!

—Pero, hija,—replicó la señora—¿quién  
 sabe si nosotras estaremos para Operas?  
 —¿Cómo no! ¡Cómo no! ¡Allá voy! Ya  
 saben que yo, con este carácter tan alegre  
 que Dios me ha dado, soy capaz de alegrar  
 un entierro!

Las señoritas acompañaron á Concha  
 hasta la puerta. La polla siguió conversa-  
 do allí, y por fin, terminó exclamando:

—¡Ah, hipocritillas! ¡Y cómo no dan  
 parte! ¡Ya sé, ya sé que.... No: ¡mejor  
 es callar!

—¿Qué?—preguntó Elena.

—¿Qué cosa?—dijo Margarita.

—¡Ya sé!

—Dí, mujer!—prorrumpió impaciente la  
 blonda niña.

—Dí....—suplicó la ceguezuela.

—Pues diré.... ¿Me obligan á ello?  
 ¡Pues diré!.... Lo que dice una comedia  
 que estamos ensayando en la casa de Artu-  
 ro Sánchez....

E interrumpiéndose divagada, continuó:  
 —¡Ah! ¿No les había dicho nada? Pues  
 vamos á hacer comedias.... Yo tengo pa-

pel en la obra principal. ¡Figúrense uste-  
 des!.... Un papel de bachillera, yo, yo,  
 yo que soy de una maravillosa ignorancia!  
 Voy á hacer un monólogo de Blasco: "Día  
 Completo." Tengo que salir en traje de bai-  
 le....

—Pero, en suma, Concha—interrumpió  
 Margarita—qué es lo que sabes, lo que nos  
 ibas á decir, y lo que dice la comedia esa?

—¡Ah! se me olvidaba....  
 Y abrazó, y besó á Margarita, y acarició  
 y besó también á Elena....

—Que... primos que llegan y... ¡amores  
 que se enredan! ¡Adiós! ¡Adiós!  
 Y se fué.

